Ecuatorial: obra maestra

Introducción

Gerardo Diego, con acierto, llamó a *Ecuatorial* «obra maestra». Y ese juicio de 1968 permanece como una realidad de la historiografía literaria del siglo XX en la literatura española.

Vicente Huidobro quiso hacer en el lenguaje un mundo distinto de aquél en que iban transcurriendo sus días y lo consiguió en muchos de sus poemas:

> El viento mece los horizontes
> Colgados de las jarcias y las ventanas

No mece ese viento árboles, nubes o las olas del mar, sino, precisamente, el horizonte que aparece, allá, fijo e inalcanzable en el espacio. Pero esos horizontes huidobrianos no se despliegan en el mar proceloso o en las tierras de las vastas campiñas; pues están colgados en las jarcias y en las velas. Al mover, pues, el viento, la nave mueve también los horizontes. No oirá Huidobro en su viaje cantar un pájaro sobre un árbol, ya que oirá hacerlo sobre al arco iris. Se inventa el poeta, como se ve, un arco iris en donde pueden posarse los pájaros. Va creando con la presencia de las cosas en el mundo otras muy distintas; nos dota de un mundo cuya existencia depende de su muerte y de sus emociones. No está Huidobro repitiendo imitativamente las cosas que encuentra en la naturaleza ni los objetos que fabrica el hombre; parte de ellos para ir creando *nuevas funciones* regidas por el arte, y descubre así en las cosas facetas desconocidas: los horizontes colgantes y ese viento que los mece. Descubre la función de que en un arco iris pueda posarse un pájaro y desde esa altura de colores lanzar sus cantos. A todas esas imágenes coherentes —porque tienen sentido desde la emoción— es a lo que llama Vicente Huidobro «imágenes creadas», «situaciones creadas» y «mundo creado». Así llegará a troquelar en el idioma hipérboles novedosas: en el suelo por todas partes verá alas de golondrinas. Contemplará el suelo de toda la tierra lleno de esas alas. Todo es, pues, un infinito alear de golondrinas. ¿Algunas vez la realidad del mundo produjo un fenómeno semejante?

Indudablemente que no. Sólo es posible en el mundo de la imaginación poética creadora. No hemos visto algo parecido en la realidad del mundo en que vivimos; pero nos complace contemplarlo en el poema. No será Mallarmé en el siglo XIX y en Francia, el poeta antinaturaleza por antonomasia, sino el chileno Vicente Huidobro y en el siglo XX. En el poema de Huidobro no existe la aceptación como artículo de fe de la supremacía ontológica del objeto natural. Nuestro poeta procura, por ejemplo, un árbol, una estrella o un arco iris con funciones diferentes a las que poseen en la naturaleza.

Ecuatorial

Toda la realidad sufre transformaciones sorprendentes; lo inesperado reina en su estructura, y así el poeta podrá sentarse sobre el paralelo con otro y dedicarse a contemplar nuestro tiempo:

> sentado sobre el paralelo
> miramos nuestro tiempo
> (*Ecuatorial*, p. 294)

¿Y qué ven el poeta y los que miran en nuestro tiempo?

Ven al «siglo encadenado a un ángulo del mundo» (*ibidem*, p. 294).

El siglo que es condensación de tiempo inmaterial, ¿puede ser situado acaso en un ángulo del mundo? Y, además, ¿dónde estaría ese ángulo del mundo?

Está, por supuesto, en la visión emotiva del universo que el poeta posee. Se trata de una visión prístina y singular, reveladora de dimensiones psicológicas en contacto con un mundo antes no revelado en ninguna poesía existente.

«La locomotora en celo» —que atraviesa el invierno en el poema—, con sus dos cuerdas cantantes de su rastro que quedan como guitarra indócil tras su avance, nos muestra que el objeto mecánico puede llenarse de vida, si cae bajo las pupilas de un poeta con imaginación poética como la poseída por Huidobro. Así esa locomotora-Diógenes, con su ojo desnudo, siendo un cigarro en el horizonte, y danzando entre los árboles, realizará una búsqueda. Ante esa locomotora vista por el poeta no estamos frente a un objeto simplemente inerte, o solamente mecánico, pues posee un destino: buscar entre los días y los meses. La locomotora ha sido en el poema *Ecuatorial* humanizada, y Huidobro había declarado en 1914 que la principal función de la poesía era humanizar el mundo.

Todo va adquiriendo en su poesía dimensiones humanas y, a veces, para nuestra sorpresa, divinas. Cada estrella estallará como un obús. Pierde sus dimensiones cósmicas para entrar en las actividades guerreras del hombre. El equinoccio se humaniza y se convierte en un sendero. Caminando por él, Vicente Huidobro canta. Tiene el poeta plumas en la garganta. Su garganta es el pájaro canoro que se entibia al sol, y estando en ese menester, el sol pierde un ala. Por ese inesperado accidente tendría, suponemos, que seguir volando de modo prodigioso con una sola.

¿Puede la garganta del hombre, aunque sea poeta, tener plumas? ¿Puede el sol perder un ala, como si fuese un águila o un cóndor que volase por lo más alto del cielo? ¿Esos concepto-imágenes dichos en el poema y esos hechos extravagantes, para la mirada lógica del mundo, nacen, acaso, de la imitación de la naturaleza?

No parece que así sea. Y, sin embargo, constituyen altísima poesía que nos entusiasma y nos emociona. *Ecuatorial* es ya la primera obra maestra de la poesía verdaderamente moderna del siglo XX en lengua española, y su autor quizá sea el primer poeta moderno del siglo en toda Europa. No existe nada semejante en Apollinaire, quien no consigue desprenderse en sus versos de un realismo encantador y festivo. Al referirme a Guillaume Apollinaire estoy mencionando al poeta que inicia en Francia en nuestro

siglo una poesía nueva, diferente a la heredada de Rimbaud y de Mallarmé. Huidobro en *Ecuatorial, Poemas árticos* y en *Automne Régulier* se adelanta al surrealismo, haciendo con plena conciencia lo que ese movimiento se propuso hacer de modo sonambúlico. En posesión Huidobro de una conciencia luminosa, se adueña del sueño creador y del delirio. Del delirio en cierto modo a la manera helénica. No acepta nada automático ni mecánico en los versos.

Un mito planetario

Ecuatorial es un poema de la aventura del hombre en el planeta. Después de la guerra —de la primera guerra mundial—, el aeroplano, al que Huidobro llama «divino», traerá un ramo de olivo entre las manos.

Otra vez recurro a las preguntas: ¿Es divino el aeroplano? ¿tiene manos? ¿la paz volvía a Europa anunciada por sus vuelos? ¿o tal vez éstos constituían una amenaza?

El poeta no quiere verlos como parte expansiva de la guerra industrial, sino como un instrumento de la paz y en ese sentido los considera divinos. *Ecuatorial* se publica en Madrid en 1918, y es que, después de la guerra, la esperanza se ha puesto a volar por los cielos del mundo. Todavía no ha surgido la crisis de los valores humanos que estallantes se reflejan en *Altazor,* el más importante poema en lengua moderna española hacia la fecha en que fue publicado.

Huidobro en *Ecuatorial* siente ya en 1918 el despertar de África, en la primera estrofa africanista de nuestra época, adelantándose en algunos años al tema de la negritud:

El corazón de Africa soleada
Se abre como los higos picoteados
Y los negros
de divina raza
Esclavos de Europa
Limpiaban de sus rostros
la nieve que los mancha
Hombres de alas cortas
han recorrido todo.

Se han apoderado del mundo hombres de corto vuelo creador, incapaces de justicia, y por eso los negros, de raza divina, según el decir del poeta, siguen esclavos de ese hombre europeo carente de vuelo; pero ya empiezan a limpiarse la nieve que les obnubila el rostro con la esclavitud: se librarán de los hombres de nieve y de alas cortas. De ese modo impondrán su divinidad en el mundo. El corazón de África brillará libremente y no será un lugar picoteado por los pájaros extraños.

Ecuatorial es un poema que se refiere a muy insólitas conquistas. Así, algún noble explorador, procedente de Noruega, entre trofeos de guerreros, raros animales y árboles exóticos, trajo también cuatro puntos cardinales. ¿Cuántos hombres de América han estado como conquistadores en los cuatro puntos cardinales de la tierra?

Huidobro, por supuesto, no; pero se las ingenia poéticamente para inventarse un personaje —imaginadamente noruego— que realiza esa hazaña. El mundo cálido de la hazaña no fue ajeno a Huidobro. Mio Cid, Cagliostro, Altazor son héroes hazañosos.

Huidobro, que tiene conciencia de que ha despertado el mundo de los obreros, y a ello se refiere en su poema *Altazor*, sabe que no por eso ha dejado de existir el mundo de los héroes. Como poeta —que tanto proclama la ciencia de sus escritos— es más bien hombre de mitos que de historia. Pertenece al hombre de nuestra América mítica, incapaz de alumbrar nada sin el empleo del mito. Con el mito de la poesía creada alumbraría en Europa la poesía moderna. Pues no sólo la lengua española le debe su rumbo poético actual, sino otras lenguas, como ya apuntó Gerardo Diego con clarividencia.

Gerardo Diego también ha escrito lo siguiente: «Nada se crea, es cierto, pero se está creando siempre. Y el esfuerzo de la poesía creacionista y su volver a empezar desde el origen mismo es un hecho que no puede desconocerse».

Vivimos en un mundo —nos dice Huidobro— en que las ciudades cautivas han sido cosidas unas con otras por hilos telefónicos. Desde otras bahías, colocado de pie, ve las palabras y los gestos volando en torno del teléfono. Es un mundo de mitología también moderna. Dioses inexpertos, de alas fatigadas, los aeroplanos irán a posarse sobre los pararrayos. Inequívocamente, esos molinos voladores parándose sobre los pararrayos muestran evidentemente su inexperiencia. Al mundo mecánico y al de la naturaleza Huidobro los saca de su propia realidad para hacerlos ingresar en las dimensiones de una fértil imaginación mítica. De ese modo, los biplanos, embarazados, paren. Pero, ¿qué paren?

Sencillamente: el vuelo entre la niebla. El biplano se convierte, por otra parte, en un pájaro que duerme en la rama sin esconder su cabeza bajo el ala. Entonces, alguien que lanza al mar sus tristes días tomará un barco. ¿Quién podrá en su amargura —tal como imagina el poeta— tomar un barco después de librarse de los días amargos?

Los días son los azadones del tiempo que cavan sin reposo en nuestras vidas. Pero la magia del poeta creador de realidades —no imitadas— es la única capaz de lanzar esos días tristísimos al mar, procurando librar a alguien de sus amarguras y de sus pupilas vacías que no han visto el mundo. Aunque Huidobro afirmaba preferir los postulados de la ciencia a los de la metafísica, era un enorme poeta metafísico que parece estar jugando con su poema *Ecuatorial*. Quiere tal vez (aparentando jugar) hacernos creer que no piensa hondamente y que es sólo un travieso muchacho cazador de imágenes. La frescura inesperada de las transformaciones de su poesía y de los asuntos de sus estrofas puede desorientar al lector inatento haciéndole creer que se entretiene con un caleidoscopio que va variando al azar las imágenes.

Hay que partir, desde allá lejos, y el mundo será como ventanas encendidas, desde las cuales veremos cruzar las sombras en los espejos. En ellos percibiremos sombras reflejadas de la realidad. Porque así es *el ver* del que parte, o el de los viajeros, que nada ven en su realidad definitiva. Los emigrantes, viajeros, según Huidobro, sin capacidad de ver, sin posibilidades de un ver completo de la tierra a la que van, se comportan como bandadas de golondrinas jóvenes que cantan sobre las olas invertidas. Emigran como las golondrinas sin ver ni saber nada. Creo que pocas veces se ha tratado el tema del que emigra a América con mayor certidumbre dolorosa y con más noble y compleja profundidad. Ahora bien, después de las olas invertidas, ¿qué verá Huidobro en su poema *Ecuatorial*?

Como podemos comprobar, el ver del poeta es un ver de continua inventiva. Su poder creador de realidades no se agota ni se detiene. De las olas invertidas en que, situados, cantaban los emigrantes surge el mar —¿de olas?, ¿de aguas?, ¿de espumas blancas golpeando las naves?—. No, un «mar de humaredas verdes». Un mar deshaciéndose en la verdura de sus humos. Él quiere ese mar. ¿Para qué lo quiere el poeta?

Para calmar su sed de antaño. Lo quiere «lleno de flotantes cabelleras». Se trata, indudablemente, del amor. Cabelleras nos remite a mujeres. El poeta confiesa entonces en el poema que sobre esas olas se fueron sus ansias verdaderas. Hay entre esas aguas gaseosas, de ese mar de humaredas verdes, un serafín náufrago que teje coronas de algas. Sobre ese mar se han muerto las ansias del poeta y, en su naufragio, sólo ha podido depositar coronas. Signos evidentemente recordatorios de lo que ha muerto. La muerte de lo más preciado de ayer apenas la insinúa el poeta.

Pero, aunque vayan rotas las jarcias de la luna nueva, anclaría en el amanecer de Marsella. La vida no se detiene nunca, no termina ni con el naufragio de las ansias más verdaderas de un hombre, aunque sea poeta. De ese modo, los más viejos marinos de Marsella continuarán activos y seguirán, encontrados por las personas que viven en el fondo de sus pipas. Los marinos del fondo del mar, si los encontrase alguien, seguirían seguramente muertos; pero los de la imaginación del poeta siempre permanecerán vivos. En el fondo del humo ellos sirven las perlas vivientes. En la imaginación poética creadora vive verdaderamente la vida de los más viejos marineros. Esa vejez proclamada por Huidobro nos hace pensar al leer el poema en la sabiduría que acompaña a esos más viejos descubridores de perlas vivas. Todo poeta, desde temprana edad, goza de una experiencia que lo hace ver el mundo con ojos de hombre antiquísimo y, a la vez, con los ojos de la primera aurora.

Pero, hay que tener cuidado. Nadie debe olvidar su destino, no le vaya a ocurrir como el capitán del submarino que al volver a tierra no se dio cuenta de que lo habían dejado en el fondo del mar y allí pudo ver que otro llevaba ya la estrella del mando de la nave. El poeta, pues, no debe olvidar su destino, si no desea ver a otro escribiendo los poemas que debieron salir de su pluma. No debe el poeta olvidarlo cuando regresa del fondo. Debe conservar *la estrella* que lo guíe poéticamente sobre los obstáculos terrestres.

Pasan muchas cosas en el mundo. El hombre se mueve constantemente desorientado. Existen destellos del planeta viejo llenos de fiebre. Vivimos en una tierra trágica. Hay quien cae al alzar el vuelo, por culpa de los cañones antiaéreos. Queda cortado su vuelo por la muerte provocada por los objetos mecánicos fabricados por el hombre. No muere de su muerte, sino de muerte impulsada por el otro hombre que acecha. Pero este mundo trágico, lo es también de feria sorprendente. Por eso un emigrante, a pesar de ser ciego, trajo cuatro leones amaestrados. Otro, lleno de exquisitez, llevó al hospital del puerto, nada menos que a un ruiseñor desafinado, para su cura.

Estamos en un mundo creativo fecundo en sorpresas y Huidobro se refiere «a aquel piloto niño/ que olvidó su pipa humeante/ junto al volcán extinto.»

Olvido que, por azar, le otorga a la pipa asemejarse momentáneamente a un volcán en erupción, y que, provocando gran terror en la ciudad, hace que los hombres se arro-

dillen implorantes y las vírgenes encintas «alumbren». Huidobro, con humor regocijante, se burla en esa parte del poema. Haciendo al humor partícipe de la poesía lírica, se adelanta en *Ecuatorial* a los surrealistas que un par de años después estarían escribiendo sus poemas en Francia. Se adelanta en lengua española a los poemas de humor de Antonio Espina y a los de Rafael Alberti. Es, por ello, el precursor de esa orientación poética en nuestra lengua, como es, además, el verdadero adelantado de nuestra poesía moderna.

Verá pasar en su poema a los buscadores de oro llevándose a California sobre sus hombros y de ese modo anuncia cómo se llevarán el mar en cuadro los norteamericanos explotadores en *El otoño del Patriarca.* Huidobro en *Ecuatorial* está inventando el realismo mítico de la literatura hispanoamericana y abre el sentido mágico, sorprendente y creador a la poesía española del año 27. Sin Huidobro no se explican, en la parte creadora por lo menos, los poemas que se escriben desde Alberti y Lorca hasta Aleixandre. Por haber existido el creacionismo no tuvieron los poetas españoles más representativos del siglo que ir a beber imaginería poética en las creaciones del surrealismo francés. Después de Huidobro era poco lo que tenía por hacer el surrealismo en lengua española. La obra de Huidobro va siendo la llave que abre las puertas a la poesía moderna.

No olvidemos que, según Huidobro, en la aventura del mundo vivimos entre hombres de alas cortas. Por eso un capitán puede distraídamente olvidar su destino en un submarino en el fondo del mar, y un piloto niño, por descuido, dejar su pipa junto al volcán, provocando en la ciudad el terror de los hombres y el paritorio de vírgenes embarazadas. Después de los hombres que por avidez de riqueza se llevan sobre los hombros a California, surge, en el fondo crepuscular del mundo, la mendicidad seminal de los hombres carentes de todo. Mundo de la miseria que va saliendo del pecho explotador de la maquinaria. El hombre queda atado a una mendicidad que apenas habla y calla otorgándole todo a los provocadores de miseria. Solamente los hombres con sus murmullos hacen inclinar a los árboles. Son hombres que murmuran y no se defienden. No se vuelven contra sus explotadores.

Se acusa a Huidobro, seguramente por quienes no lo han leído o lo leyeron mal, de producir imágenes intrascendentes y sin asidero en la realidad, de huir del drama del hombre en la tierra, para situarse en un imponderable espacio celeste, como si fuese un gran arcángel colocado de espaldas a lo humano. Pero vemos que *Ecuatorial,* en la aurora de la gran poesía de nuestra lengua, estamos en presencia de un poema que abarca, en amplio friso, el drama del hombre de hoy. Y en el que condena a los que, con sus máquinas divinas, explotan al hombre como si fuese una bestia. Huidobro con fertilidad poética, con una gracia imaginativa variada, va desenvolviendo, de mano maestra, el trágico ovillo en que se encierra la historia del hombre del siglo XX. En *Ecuatorial* podríamos afirmar que estamos ante el primer gran poema denunciante de lo que acontece en nuestro siglo. Sin embargo, hasta ahora la historiografía crítica no lo había notado. Y es en este estudio donde por primera vez se advierte ese hecho. Pero, hay que subrayarlo, la poesía denunciante de Huidobro no deja de ser nunca gran poesía, originalísma y creadora. Huidobro es, sin duda alguna, uno de los grandes veedores de la dramaticidad humana del hombre de nuestra época.

El ver con asombro

Huidobro al llegar a este punto en el desarrollo de su poema *Ecuatorial* se siente asombrado de las cosas que ha visto. «¡Qué cosas he visto!», exclama. Y decidido a enumerar parte de su visión terrena de los hombres escribe: «Entre la niebla vegetal y espesa/ Los mendigos de las calles de Londres/ Pegados como anuncios/ Contra los fríos muros.»

Este poeta creacionista, que programó que nos daría imágenes creadas y situaciones creadas, ¡con qué poder evocador del lenguaje nos pinta ese cuadro de miseria londinense! Se mete en el mismo corazón en donde nace el capitalismo de nuestros días y lo vivisecciona gráficamente. No existe para esa fecha denuncia más patética que la que como en una cinematografía de imágenes yuxtapuestas nos muestra en el desarrollo del poema *Ecuatorial.* Los versos trascritos hacen el efecto de un *poster* de la miseria.

De pronto Huidobro se pone a recordar, tenso el recuerdo, en aquella tarde de primavera, en ese mismo Londres, en que «Una muchacha enferma/ Dejando sus alas a la puerta/ Entraba en el sanatorio.»

La vida quedaba afuera, las alas de la vida, y lo que entraba en el sanatorio era lo muerto de la muchacha. Se aceptaba su ingreso en la llamada casa de salud cuando ya no podía vivir , cuando no era posible prolongar su existencia, cuando en ella se agotaron las alas, porque estaba realmente muerta. El sanatorio no se abría a ninguna esperanza y por eso vio el poeta cómo la muchacha dejaba sus dos alas en la puerta. La belleza temblorosa de esa escena, su ternura cándida, es, sin disputa, uno de los momentos más humanos y más hermosos de la poesía escrita en el mundo. Por sólo ese pasaje sería Huidobro inmortal en cualquier lengua.

Ecuatorial es un poema lleno de vida y de cálida poesía inventada. Estamos en 1917, cuando se escribe el poema, no cuando se publica, y el reloj verde anuncia el nacimiento de la paz en el hombre, porque los obreros han comenzado a asumir su responsabilidad en el planeta. De ese tema habla ampliamente el poeta en su poema *Altazor.* El verde era todavía el color de la esperanza en un mundo envejecido. Comienza el año con lluvia y bajo el agua van enterrando los europeos a sus muertos, a los muertos de la primera guerra mundial. El astrólogo indica que hay signos en el cielo: «Una manzana y una estrella/ Picotean los buhos/ Marte/ Pasa a través de Sagitario.»

El mundo ya no tiene fe en Dios ni en las iglesias, pero los hombres acuden a los astrólogos para auscultar el porvenir. Desean poseer el porvenir vaticinado, anticipándose a los acontecimientos de sus vidas. No se cree en los sacerdotes, pero se tiene fe en los vaticinos. En el poema *The waste Land* de Eliot, cuatro años después, surge la vidente, la cartomántica, «conocida como la mujer más sabia de Europa», que, con su perversa baraja, va urgando en el pasado, vaticinando el futuro y preparando el horóscopo que ha de llevar ella misma a su destinatario, porque se está pasando por tiempos en que hay que tener mucho cuidado. Creo que lo dicho aquí resume esencialmente lo ofrecido por Eliot sobre el tema de la astrología. Y al terminar la lectura de ese pasaje en *The waste Land* comprobamos que es mucho más rico, mucho más matizado y de gran sentido lo que expresa Huidobro. Pero vemos que también Eliot, como Hui-

dobro, comprueba que los adivinadores después de la primera gran guerra se han convertido en piezas importantes en el planeta como parte de la administración de las inquietudes más secretas del hombre.

Huidobro, sumido en los oscuros vaticinios de los astrólogos, siente que sale la luna. Se desliza como un astro maltratado, y entonces escribe risueño los siguientes versos:

> Astrólogos de mitras puntiagudas
> De sus barbas caían copos de ceniza

De esos nuevos obispos del misterio, de ese paradójico sacerdocio vaticinante no surgen verdades, certidumbres, y el poeta ve caer de ellos copos de una nevada copiosa, abominable y extraña. De los astrólogos —materialmente de sus barbas— caen copos de nada. Ceniza, antesala de la nada de lo que se ha vivido. Nada vivo ofrece la astrología; toda ella es copos de inexistencia. De las barbas de los astrólogos surge el símbolo de la nada y de la muerte.

Después de Huidobro haberse detenido en la mentira —en la nada astrológica—, se siente en otro lugar y dice: «Y heme aquí/ Entre las selvas afinadas/Más sabiamente que las viejas arpas.»

Sin duda es algo excelente estar —como poeta o como artista del verbo— entre la afinadora de las selvas semejante a la sabiduría de la estirpe de las arpas. Sin poseer esa excelencia antigua resulta imposible encontrar el camino de la nueva poesía. Al rey David, poeta, lo imaginamos cantando sus salmos acompañado por la destreza de un arpa bien temperada. El arpa es instrumento noble y antiguo. Posee calores populares y perfume de aristocracia. Pero el mundo de las arpas, aun con su sabiduría de pueblo y de palacios, hoy conduce a un ayer ilusorio, y en esa situación de la mente y embebido en tal certidumbre, se produce el momento en que Huidobro descubre que «En la casa / Que cuelga del vacío Cansado de buscar / Los Reyes Magos se han dormido / Los ascensores descansan en cuclillas.»

¿Qué podían los Reyes Magos hallar en esa casa colgada del vacío? ¿Y qué en ella el poeta Vicente Huidobro?

Sólo sueño, como los Reyes Magos que se han dormido; sólo descanso forzoso, como los ascensores en cuclillas. Los ascensores dejaron de ascender porque nada habrían de encontrar en la casa colgada en el vacío. En éste no se encuentra nada. Y cualquier casa que de él cuelgue, termina, indefectiblemente, en nada.

¿Qué pasará mañana con nosotros? ¿qué con lo que hemos vivido y hemos escrito?

El poeta creacionista responde: «Los hombres de mañana / Vendrán a descifrar los jeroglíficos / Que dejamos ahora.»

No pensemos que los jeroglíficos son nada más una escritura egipcia. Cada época deja en las otras sus enigmas, sus propios jeroglíficos. Sólo cuando los desciframos conseguimos entender el pasado, y entendernos. Cada época expresa sus enigmas en lo que escribe. De igual modo lo hace el poeta verdadero. Pero solamente los descifradores de jeroglíficos logran entenderlos para provecho del vulgo de los mortales. La alta cultura excluye por necesidad al ignorante. La ciencia no se entrega al recién venido. Como tampoco la revolución se da a los tontos que se dejan explotar con falsas prome-

sas. No todo hombre tiene acceso a ellas. Hay que merecer éticamente las conquistas del hombre. Así fue ayer, es hoy y será mañana. La ignorancia no entra jamás en el templo de la sabiduría. Y cuando el ignorante se acerca a sus puertas, las pone en peligro. El saber es lo único realmente aristocrático que siempre existirá en un mundo que se precia de ser demócrata. En el saber —aunque se descifren plenamente los jeroglíficos de una época— nunca se llega al final de la refriega. Cada época tiene en sus comienzos la ilusión de que eso va a suceder en ella. Huidobro, como todos los hombres de su momento, pensó que la del año 14 sería la última guerra. Desde ahí llegaría la paz y el reloj de los hombres perdería todas las horas bélicas. Y no acontece de ese modo. Nunca sospechó el poeta que habría de combatir en una segunda guerra mundial, que sería en ella herido en la cabeza y que entraría en Berlín, siendo el único oficial de nuestra América en poner su planta en el último bastión nazi.

Huidobro no sólo habló en su obra del héroe, no sólo creyó en éste, sino que puso generosamente en riesgo su vida en una nueva guerra mundial inesperada para él y en la que juzgó se arriesgaba el futuro del mundo. Este poeta que cree en los héroes y en la libertad, acepta espontáneamente, sin ningún constreñimiento, ir al combate en defensa de la libertad del hombre. La acción, en el momento oportuno y de mayor riesgo, sigue a la letra. Ética y estética se complementan en Vicente Huidobro. En la poesía de Huidobro, por ser también expresión pura del lenguaje en sí mismo, se produce lo que Paul de Man llama «la vertiginosa espiral de la dialéctica».

El original poeta chileno puede sentir en 1917 que él recorría un siglo cortado en dos, y lo consigna en *Ecuatorial* lleno de entusiasmo, aunque reconoce que el camino de Occidente lo cruza sobre un río sangriento. En ese paso le llegan asuntos de Oriente, y así «una tarde / Al fondo de la vida / Pasaba un horizonte de camellos / En sus espaldas mudas / Entre dos pirámides huesudas / Los hombres de Egipto / Lloran como los nuevos cocodrilos.»

Las lágrimas de cocodrilos —del engaño solapado del hombre— no cesan en la historia y parece que no cesarán nunca. Vendrán hoy, o mañana, sobre camellos con los hombres egipcios. O han de venir más tarde o más temprano en cualquier lugar de la tierra.

En el mundo de 1917 se producen extraños desplazamientos y a ellos se refiere Huidobro en su poema *Ecuatorial:* «Y los santos en trenes / Buscando otras regiones / Bajaban y subían en todas las estaciones.»

Los santos se desorientan ante los acontecimientos del mundo moderno. Buscan afanosos otras regiones apropiadas en que manifestar la santidad. Bajan y suben, enloquecidos, desesperados, en las estaciones de una tierra que se colocó de espaldas a lo sagrado. Huidobro entonces confiesa que su alma es hermana de los trenes; no lo es, pues, de lo santo. No hace él nada con subirse al tren donde viaja la santidad para entrar en contacto con ella. Y en tono irónico y muy alejado de lo sagrado dice:

> Un tren puede rezarse como un rosario
> La cruz humeante perfumaba los labios

Huidobro reza, pues, el rosario de los trenes, y entonces nos informa:

> Henos aquí viajando entre los santos

El tren es un trozo de la ciudad que se aleja. Los trenes en que reza y en que viaja constituyen para el poeta la santidad de hoy, y es santo el tren —rezado como rosario—, porque es un tren de la ciudad de los hombres. Aunque se aleje del poeta, es humano. Huidobro pone a viajar en ese tren a la santidad cotidiana, a la santidad humana de todos los días, y oye que «el anunciador de estaciones / Ha gritado / Primavera / Al lado izquierdo / treinta minutos.»

Ingresa de nuevo, sin haberla abandonado, pero de modo más consciente en su actividad creacionista, y de ese modo la primavera será una realidad situada a la izquierda del viaje del tren de la nueva santidad, y a sólo media hora de la llegada de la primavera. En plena primavera, situada a la izquierda, «pasa el tren lleno de flores y frutos». La primavera ya no está, se presume, como en el pretérito, a la derecha: los frutos y las flores de ella surgirán a la izquierda de la libertad, santidad nueva del hombre.

Es Vicente Huidobro, sin duda alguna, un mago del poema. Y así se llamará a sí mismo en *Altazor*, publicado en 1931. En el periplo de su tren poético, en el que viaja con indiferencia entre santos, pero notándolos en sus trajines, el Niágara le moja los cabellos; ve que un «paquebot perdido costeaba / Las islas de oro de la Vía Láctea.» Luego contempla la cordillera andina. Veloz como un convoy esa cordillera atraviesa la América latina, y entonces ve el amor, el amor que en muy pocos sitios de la tierra inamorosa ha encontrado el poeta. El amor cruza la América latina, en ese mundo de amores, todos los ríos no explorados pasan bajo los brazos con mansedumbre. Hacia 1918, la América nuestra, virgen, no había caído aún entre las fauces del capitalismo para ser devorada.

Son muchas, en ese tiempo casi paradisíaco, las visiones de Huidobro. Ve, entre ellas, «el siglo embarcado en aeroplanos ebrios,» y le pregunta: «¿a dónde irás? ¿a dónde irá el siglo?»

Con el triunfo de la bujía eléctrica ya no alumbrarán las lámparas de los reyes. Se han extinguido las luces de su poder, perteneciente a otro espacio de la historia; a un espacio histórico de lámparas. La revolución se viene consumando. Junto a esas lámparas extintas mueren los reinos de un modo definitivo. Seguirá avanzando la muerte de otras cosas, y el vidente escribe: «Y ayer vi muerte entre las rosas / La amatista de Roma / Alfa / Omega / Diluvio / Arco Iris.»

Estamos, pues, en el principio y en el fin. En el Diluvio y en el Arco Iris que pone término a las viejas lluvias mitológicas. Todo recomienza, hay en la época un bullir de nuevos mitos humanos. «Cuántas veces la vida habrá recomenzado.» ¿Quién nos dirá todo lo que pasó en un astro?

La metafísica y la historia de un astro interesan por igual al poeta Vicente Huidobro. ¿Quién ha de contar exhaustivamente lo que le pasó al hombre en un astro? ¿Quién puede hacerlo con eficacia viva? ¿el filósofo? ¿el político? ¿el poeta? ¿o, tal vez, el científico?

No importa quién sea. Hay que seguir nuestra marcha y llevar la cabeza madura del hombre entre las manos. El drama de la vida humana estará en esa cabeza. Sólo a ella le tocará contar la historia. No podrá hacerlo cualquier cabeza todavía verdecida, sin alba de frutos. Al finalizar, el poeta, Huidobro sueña que será un niño sonrosado, con un clarín fresco entre los dedos, el que anunciará el fin del universo. No un demo-

nio; sino un niño nos colocará en presencia del fin de todo. Lo anunciará el niño sonrosado de las alas desnudas. Un niño sin engaño en las alas, capaz de ofrecernos la verdad del mundo en que vivimos.

¿Y quién es ese niño?

Parece que es el amor. Solamente al amor le tocará anunciar el fin de los padecimientos universales del hombre. El amor será el que decrete que ha finalizado el universo tétrico, hundido e infernal de los explotadores, de los hombres carentes de vuelo que se reunieron para entorpecer la marcha ascendente de la vida. Sólo un genio poético pudo imaginar para el mundo un final tan hermoso.

Vicente Huidobro había proscrito desde 1914, en *Pasado y pasado,* la anécdota y la narración en el poema. Pero, ¿no usa el gran poeta creacionista la anécdota de modo magistral, con entera novedad, creadoramente, en el asunto del aviador que dejó su pipa en el volcán extinto? ¿y no la emplea, con soberano acierto, en el del emigrante ciego que trajo a América cuatro leones amaestrados o cuando se refiere al otro que lleva al hospital del puerto, para que lo curen, a un pobre ruiseñor desafinado? Tres anécdotas que, con finísimo humor e ironía, no conducen a sonreír con amargura, sino que llenan el alma de un tierno regocijo.

Esas violaciones de dos propósitos fundamentales en la marcha creadora del poema tenían que acontecer; porque la norma no puede colocarse por encima de la intuición creadora en el avance del poema. La teoría es indispensable como punto de partida en el gran poeta, y Vicente Huidobro constantemente nos está ofreciendo árboles o ríos, montañas o arco iris, pájaros o estrellas con los cuales se produce un acontecer no imitativo de los productos de la naturaleza, sino una rica y amplia aplicación de sus leyes creadoras. A lo que se opuso Huidobro no fue a imitar en sí misma a la naturaleza, sino a que los profesores y los críticos impusiesen a los poetas las formas de hacer poemas que ya había producido la tradición literaria. Huidobro se levanta contra la retórica sustentada durante más de dos milenios por los tratadistas de una escolástica poética. Por eso llegaría a afirmar, desde el punto de vista metodológico de la teoría creacionista, que la poesía no había producido aún en el mundo el primer poeta verdadero. Y él, Huidobro, sería, como ejemplo de creatividad, el primero, y hoy pensamos que es el más grande poeta creador —no seguidor de la naturaleza ni de las preceptivas— que ha visto la literatura del mundo.

Ni Apollinaire, Eluard, Breton o Aleixandre han llegado en libertad creadora y fertilidad de imágenes a la altura de Vicente Huidobro. El gran poeta chileno es el poeta que aplica la llave del infinito para abrir de par en par las puertas de la imaginación creadora a las imágenes poéticas. Y es además el poeta que más se ha acercado en sus realizaciones a su propia teoría. Si tenemos presentes las «Normas retóricas» —llamémosle así para entendernos— que Huidobro exige a la creación poética con la finalidad de producir poesía verdadera, vemos que las fue cumpliendo una a una. Pues aún en el empleo, por ejemplo, de la anécdota, o de lo narrativo en su poema *Ecuatorial,* lo hace creadoramente. La anécdota y la narración adquieren un sentido que no procede de la tradición literaria. Lo anecdótico no brota de un hecho vivido, de un hecho real,

sino imaginario, y lo narrativo no se ciñe en *Ecuatorial* al acontecer cotidiano. Lo imaginario rige lo narrado.

Un ciego emigrante domina cuatro leones amaestrados, vueltos maestros de leones. También el poeta hace que otro emigrante entregue, creadoramente, al llegar al puerto de su destino, a un ruiseñor para que le enmienden quirúrgicamente la voz y no siga desafinando. Son acontecimientos anecdóticos que se producen, sin duda alguna, en el mundo creador de la poesía. A lo largo del desarrollo de *Ecuatorial* irá Huidobro narrando, de modo sorpresivo, la aventura del hombre del siglo XX, de este siglo partido en dos mitades en que vivimos: el de la poesía vieja, de un hombre que está muriendo, y el de la poesía nueva, creadora, propia de un hombre auroral, que surge de un nuevo nacimiento del mundo. Esa nueva historia del poeta creador acontecerá mientras un pájaro posado en el arco iris, iniciando una nueva función de la naturaleza, canta. El arco iris, como ya dijimos, con la propiedad adquirida de que se pueda posar en él, es una de esas nuevas funciones que irá Huidobro inventando imaginativamente sobre todo en el primer período de su poesía que se extiende de 1914 a 1918, y en donde surge con su obra una poesía radicalmente nueva en el mundo. *Ecuatorial* es un libro de acentos poéticos inaugurales.

Gerardo Diego escribe en su ensayo *Poesía y creacionismo (Cuadernos Hispanoamericanos,* 1968) que en Huidobro se pueden señalar tres etapas. «La primera hasta *Tout à coupe,* representa el creacionismo en estado puro, en su etapa clásica.» Inmediatamente el autor de *Manual de espumas* nos informa que Juan Larrea, «siempre clarividente», le decía en una carta del comienzo de la fe creacionista en que ambos participaban, «que el creacionismo era para él, y que suponía que para Huidobro, un sentido total y distinto de la poesía (el mismo Vicente confiesa que ya no es poseía, sino diferente de lo que con esa palabra se ha entendido siempre), un arte distinto que tendrá tras su primitivismo y su clasicismo, su romanticismo directamente deducido».

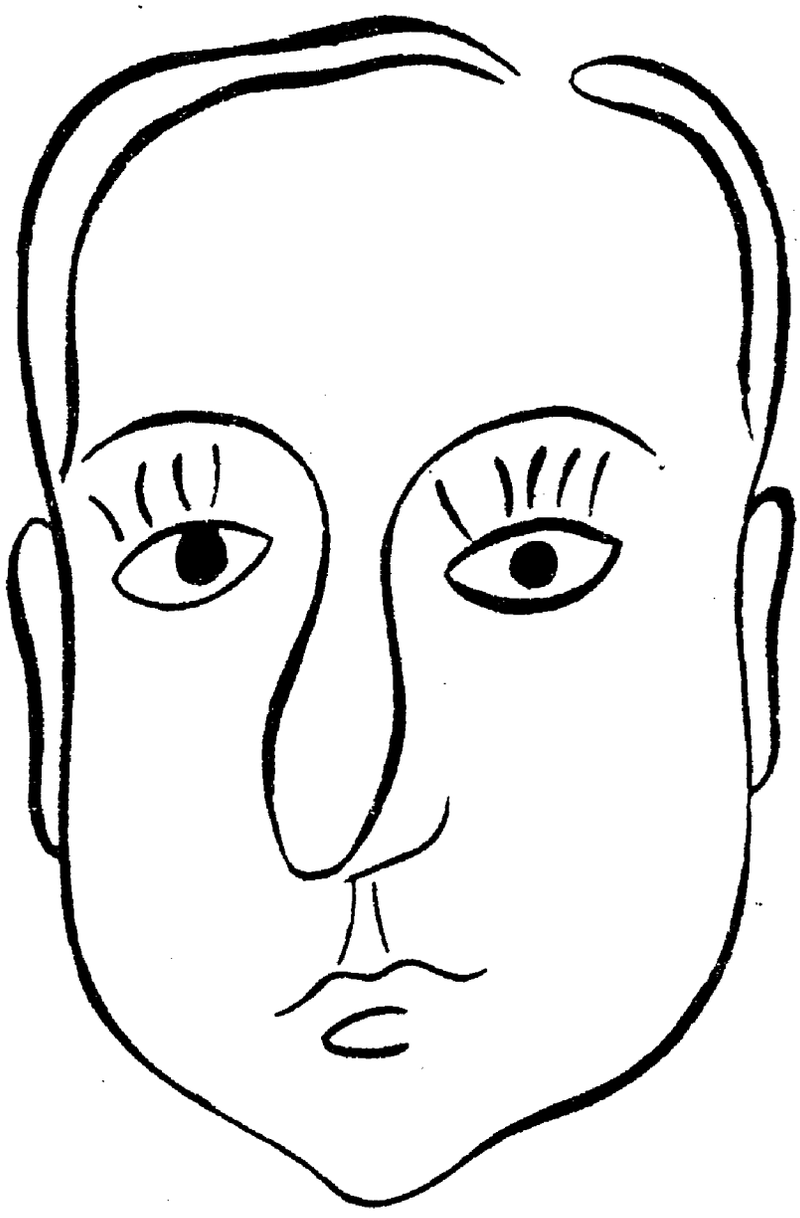
Esto es lo que ha sucedido —prosigue diciendo Gerardo Diego— en la segunda etapa, entre 1925 y 1931, cuando Huidobro trabaja y concluye *Altazor,* iniciado en 1919, y su *Temblor de cielo,* título tan chileno, en 1931. Vienen luego unos años de menor actividad poética en verso y mayor en prosa, con su vida complicada en actividades de índole pública y política. Y tras el regreso para quedarse con residencia casi absoluta, permanente, en Santiago, los libros líricos de nuevo, los más hondos y ricos, de emoción preferentemente trágica, angustiosa, aunque ya en libertad expresiva, a medias confidencial, íntima, acercándose en el aspecto exterior al expresionismo sobrerrealista. *Ver y palpar, El ciudadano del olvido* y sus *Últimos poemas* son lo más conmovedor y humano que escribió Huidobro. Y sin embargo, por debajo de la primera apariencia sigue moviendo a la materia poética la dinámica creativa, el juego —tomemos la palabra no en su sentido lúdico y para pasar el rato, sino en su equivalencia de preparaciones y engranajes— autónomo de los elementos constitutivos del poema.

«En cualquiera de esas tres etapas —nos advierte Gerardo Diego— puede comprobarse la calidad indiscutible de su poesía. Sin que esto suponga la igualdad de méritos ni evite los fecundos fracasos e interrupciones del fluido magnético de la verdadera poesía, nunca tan difícil como cuando se la somete a esta prueba de búsqueda absoluta

o de acercamiento a la validez universal y por sí misma, sin que deba nada importante a la importancia o sugestión sentimental del motivo».

Hemos asistido, pues, a la actividad creadora del más grande poeta aventurero de nuestra lengua, introduciéndonos en algunos de sus más relevantes aspectos. Y hemos advertido que es uno de los poetas más grandes de cualquier época. Vimos cómo supo tratar a fondo en *Ecuatorial* problemas sociales e históricos, sin que la poesía naufragase en el mar chabacano del realismo. Nadie fue tan lejos en ninguna lengua en la noble denuncia ni de modo tan bello. Y, por otra parte, creemos que ningún poeta le supera en nuestra lengua por su hondura ni por su noble comprensión humana.

Antonio Fernández Spencer



Vicente Huidobro, dibujo, por Hans Arp.

Virgilo Piñera